

**MÁSTER UNIVERSITARIO
GÉNERO Y DIVERSIDAD**

UNIVERSIDAD DE OVIEDO

TRABAJO FIN DE MÁSTER

“Impacto emocional de las
situaciones de desastre desde la
perspectiva de género”

TESIS DE MÁSTER

**JULIA MENÉNDEZ
GONZÁLEZ**

Directoras: María Ángeles
Alcedo Rodríguez
Yolanda Fontanil Gómez

Oviedo, Junio de 2021

TESIS DE MÁSTER/PROYECTO DE INVESTIGACIÓN PROFESIONAL

D^a:/D. Julia Menéndez González

D.N.I.:

TÍTULO: “Impacto emocional de las situaciones de desastre desde la perspectiva de género”

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVE: *Emociones, terremoto de Lorca, género, análisis cualitativo*

DIRECTOR/A: María Ángeles Alcedo Rodríguez y Yolanda Fontanil Gómez

1. Resumen en español

Los desastres naturales afectan a millones de personas en todo el mundo, provocando pérdidas personales, materiales y afectando psicológicamente a quienes los sufren. Los estudios hasta la fecha sobre género y desastre han mostrado diferencias de género en la experiencia psicológica del desastre, señalando un mayor impacto del trastorno por estrés postraumático (TEP) en las mujeres y un mayor control y desarrollo emocional en las mujeres y estrategias de negación y pérdida de actividad en hombres, asociados a la aparición de estados depresivos (Di-Colloredo et al., 2007; López-García y López-Soler, 2014). A partir de las teorías más validadas en el campo de la evaluación emocional, se ha desarrollado un sistema de codificación de emociones con el objetivo de analizar cualitativamente las experiencias emocionales de personas que sufrieron de forma directa el terremoto de Lorca. Se codificaron las entrevistas realizadas y se analizaron cualitativamente según dicho sistema de categorías. Los resultados mostraron diferencias de género en el manejo afectivo de la catástrofe y se analizan cualitativamente las divergencias en los discursos de hombres y mujeres bajo la perspectiva de género, relacionando expectativas y roles sociales con las emociones encontradas.

2. Resumen en inglés

Natural disasters affect millions of people around the world, causing personal and material losses and psychologically affecting those who suffer from them. Studies to date on gender and disaster have shown gender differences in the psychological experience of disaster, pointing to a greater impact of post-traumatic stress disorder (PTSD) in women and greater emotional control and development in women and strategies of denial and loss of activity in men, associated with the appearance of depressive states (Di-Colloredo et al., 2007; López-García and López-Soler, 2014). Based on the most validated theories in the field of emotional assessment, an emotion coding system was developed with the aim of qualitatively analyzing the emotional experiences of people who suffered directly from the Lorca earthquake. The interviews were coded and analyzed qualitatively according to this category system. The results

showed gender differences in the affective handling of the catastrophe and the divergences in the discourses of men and women were qualitatively analyzed under the gender perspective, relating expectations and social roles with the emotions encountered.

Keywords: *Emotions, Lorca's earthquake, gender, qualitative analysis*

VºBº

LAS DIRECTORAS DE LA TESIS
DE MÁSTER/PROYECTO DE
INVESTIGACIÓN PROFESIONAL

LA AUTORA/EL AUTOR



Fdo.: Yolanda Fontanil

Fdo.: Ángeles Alcedo

Fdo.: Julia Menéndez



Máster Universitario Género y Diversidad



DECLARACIÓN CONTRA EL PLAGIO

D./ Dña Julia Menéndez González, con DNI _____, estudiante del Programa Oficial de Postgrado *Máster Universitario Género y Diversidad*, por la presente declaro que el trabajo adjunto es una creación original propia, en la que las ideas de obras ajenas me han servido de inspiración o apoyo se encuentran debidamente referenciadas, con cita expresa de la fuente y autoría de que procedan.

Asimismo, declaro que los fragmentos de obras ajenas de cualquier naturaleza (escrita, sonora o audiovisual) o las obras aisladas de carácter plástico o fotográfico que he incluido en mi trabajo se encuentran debidamente identificadas como cita literal (entre comillas si se trata de textos) y con referencia a la fuente y autoría de la obra copiada.

Entiendo que de no haber actuado así habría incurrido en plagio, lo que supone un incumplimiento de las leyes, un atentado a los principios éticos del trabajo universitario y una falta de observancia de las instrucciones para la prevención del plagio aprobadas por la Comisión de Docencia del Máster y puestas a disposición del alumnado. Tal hecho habilitará a las personas encargadas de la evaluación y calificación de mi trabajo a no autorizar su defensa o a valorarlo desfavorablemente, según las circunstancias del caso.

En Oviedo, a 1 de junio de 2021

Fdo.: Julia Menéndez González

**AUTORIZACIÓN PARA CONSULTA DE TESIS DE
MÁSTER/PROYECTO DE INVESTIGACIÓN PROFESIONAL CON
FINES DE INVESTIGACIÓN**

Dña./D. Julia Menéndez González,
con D.N.I. _____, como autora/autor de la Tesis de máster/Proyecto de investigación profesional titulada/o “Impacto emocional de las situaciones de desastre desde la perspectiva de género”, por medio de este documento expresa su autorización para que dicha obra sea utilizada con carácter no lucrativo y con fines exclusivos de investigación. Deberán respetarse, en todo caso, los derechos que le asisten, establecidos en el Real Decreto Legislativo 1/1996 de 12 abril, por el que se aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y en particular, conforme a su artículo 14.3º, el de que sea siempre reconocida su condición de autora/autor del trabajo, con inclusión del nombre y la referencia completa de la fuente, cuando se proceda a la reproducción directa o indirecta del contenido o de las ideas que aparecen en él.

Lo que declara a los efectos oportunos.

En Oviedo, a 2 de junio de 2021

Fdo.: Julia Menéndez González

Índice

1.	INTRODUCCIÓN.....	1
2.	MÉTODO	14
2.1	Descripción de la muestra.....	14
2.2	Proceso y descripción de los sistemas de codificación.....	16
2.3	Creación y validación del modelo afectivo final.....	16
2.4	Análisis cualitativo.....	20
3.	RESULTADOS.....	21
3.1	Emociones positivas y negativas totales.....	21
3.2	Análisis diferencial por sexos.....	22
3.2.1.	Emociones positivas: diferencias entre hombres y mujeres.....	22
3.2.2.	Emociones negativas: diferencias entre hombres y mujeres.....	24
4.	DISCUSIÓN.....	26
5.	CONCLUSIONES.....	35
6.	REFERENCIAS.....	37

1. INTRODUCCIÓN

Impacto y consecuencias de los desastres

Según la Organización Mundial de la Salud (2002), los desastres se definen como “*todo suceso que cause daños, trastornos ecológicos, pérdida de vidas humanas o deterioro de la salud y de los servicios sanitarios en una escala suficiente para justificar una respuesta extraordinaria desde fuera del área de la comunidad afectada*”. Estos desastres pueden ser, a su vez, clasificados como no naturales (i.e., producidos por el ser humano) y naturales (i.e., sucesos ambientales como erupciones volcánicas, terremotos e inundaciones, ciclones o sucesos más a largo plazo, como epidemias, sequías o hambrunas). A nivel mundial, aproximadamente 2.000 millones de personas se vieron afectadas por desastres naturales (e.g. terremotos, tsunamis) o tecnológicos (e.g. accidentes nucleares) entre los años 1990-1999, donde murieron casi 600.000 personas, de las cuales más del 86% fue a causa de desastres causados por eventos naturales (Department of Gender and Women’s Health, 2002). Este tipo de desastres ocupan una gran parte de las catástrofes que afectan a millones de personas y a su condición psicológica, social y económica. El trabajo presente tendrá como objetivo conocer el alcance emocional de las situaciones de desastre en hombres y mujeres, comparando las emociones que surgen en el contexto de desastre según el género. Mediante el desarrollo de un sistema de codificación original de emociones basado en las teorías más validadas en este campo, se analizarán las experiencias emocionales a través de la categorización y posterior análisis de las grabaciones de dos grupos de discusión (hombres / mujeres).

Los desastres naturales no sólo destruyen edificios, infraestructuras y arrasan con las vidas humanas de todas las personas que encuentren a su paso, sino que inciden de forma especial en aquellas más vulnerables. Es decir, su impacto no tiene las mismas consecuencias para toda la población, ya que las desigualdades sociales actúan en la ecuación haciendo que determinados grupos sociales sean más vulnerables; además, el propio desastre aumenta la vulnerabilidad social de los hogares (Llorente et al., 2020). Factores como el género y la etnia también han sido asociados a una experiencia mayor de estrés y vulnerabilidad tanto en desastres naturales como provocados (Barnes et al., 2005). Otras variables, como el bajo nivel socioeconómico, también se asocian con un mayor riesgo de sufrir pérdidas materiales cuando se producen desastres (Bradshaw y Fordham, 2013).

El género, como se señalaba anteriormente, es una de las variables que inciden en el riesgo y en la afectación diferencial en las situaciones de desastres. Así, la feminización de la pobreza es un hecho constatado. Según la ONU (2018), hay 4,4 millones más de mujeres que viven en la extrema pobreza en comparación con hombres. Esta situación las expone en muchas ocasiones a vivir en lugares de alto riesgo, además de carecer de acceso a nutrición y atención sanitaria apropiadas (Enarson, 2012).

Las variables tanto biológicas como sociales que confluyen en las mujeres y que las hacen más vulnerables ante la catástrofe son múltiples. Por ejemplo, las necesidades presentes durante el embarazo o la menstruación (e.g., la lactancia o la higiene) generan situaciones de mayor vulnerabilidad física a las que no están expuestos los hombres; además, en las situaciones de catástrofe la salud y la capacidad reproductiva de las mujeres pueden verse reducidas y utilizadas en su perjuicio, a través de violaciones y embarazos no deseados, abortos forzados y la explotación y abuso sexual, con el consecuente impacto psicológico que acarrearán estas agresiones (Raphael et al., 2008). Sumado a esto, socialmente a las mujeres se les impone un papel como cuidadoras, que se refuerza como femenino, incluso en contextos de catástrofe; por tanto, no solo han de hacer frente a su propia inseguridad ante los desastres, sino que cargan con la responsabilidad de ser el apoyo material y emocional de las demás personas de la familia. Este rol de cuidadoras y protectoras de sus hijos e hijas, que en este contexto es difícil de cumplir, aumenta su indefensión (Magaña et al., 2010). Así, priorizarán la protección de sus familias y propiedades antes que su vida cuando se da una emergencia (Oswald, 2012). Como ejemplo, en el tsunami que arrasó el sureste asiático en 2004 murieron cuatro veces más mujeres que hombres en las zonas de Indonesia, Sri Lanka e India. Las razones apuntadas para explicar este mayor nivel de mortalidad eran similares en estos países: las mujeres se habían quedado atrás durante el suceso para buscar a sus hijos/as y familiares, y generalmente en estas zonas ellas no saben nadar o trepar a lugares que puedan servir de refugio o escape, haciéndolas más vulnerables al desastre (MacDonald, 2005).

Las consecuencias violentas que sufren las mujeres pueden darse tanto durante el episodio de desastre como después, incluso cuando ya se ha estabilizado el contexto situacional. Estas violencias se relacionan con la mutilación genital femenina, matrimonios forzados, crímenes de honor y violencia emocional y física hacia las mujeres

dentro de la pareja, que aumentan tras los episodios de catástrofe (First et al., 2017; Loredó y Pérez, 2018).

Todos estos factores, tanto sociales como personales, unidos a las variables que confluyen con el género (e.g., etnia, clase social, discapacidad) afectan a la experiencia de las mujeres en situación de catástrofe y pueden agravarla, además de reducir el acceso a aquellos recursos que son necesarios para la recuperación tras las catástrofes.

A pesar del remarcado componente de género presente en las situaciones de catástrofe, el interés en la literatura especializada por este fenómeno es relativamente reciente. Ya en sus inicios se apuntaba que las evidencias de la distribución diferencial por sexos eran escasas, no porque estas diferencias fueran poco significativas o anecdóticas, sino debido a limitaciones relacionadas, por un lado, con el propio contexto de los desastres, que no facilita la recopilación de estadísticas fiables y, por otro, con el método de análisis estadístico que suele desdibujar la cuestión al no informar de la morbilidad y mortalidad en función del sexo (Rivers, 1982).

Será a partir de los años 90 cuando comienzan a surgir los primeros análisis desde la perspectiva de género y a establecerse un campo de conocimiento centrado en esta temática (Sánchez, 2019). Anteriormente se habían publicado artículos que, sin incluir como tal un análisis desde esta perspectiva, revelaban las desigualdades de género presentes en los desastres. Ahora bien, para poder aplicar la perspectiva de género es necesario, primeramente, poseer los datos desglosados por sexo, lo cual aún no siempre aparece debido a la invisibilización de las mujeres en los desastres. Además, resulta más fácil que se encuentren los datos desglosados sin realizar un análisis de género ya que son considerados datos objetivos; el análisis estadístico es considerado “imparcial” frente a una supuesta subjetividad asociada a la aplicación de la perspectiva de género en el análisis de datos (Bradshaw y Fordham, 2013).

Esta tardía incorporación de la perspectiva de género podría explicarse por la necesaria inmediatez que despiertan este tipo de sucesos, donde prima la atención rápida e inmediata, que favorece ignorar y desestimar estas desigualdades, así como por la intervención protagonista de entidades mayoritariamente masculinas, como el caso de los cuerpos militares de emergencia (Fernández y Dema, 2018). Si bien en este nuevo milenio se produce un incremento de estudios centrados en el análisis de fenómenos naturales y catástrofes, la literatura especializada sobre género y desastres sigue siendo limitada y está ligada en su mayoría a situaciones específicas, como las inundaciones provocadas

por el fenómeno El Niño en California, EEUU, en 1997, el terremoto y tsunami que afectó al sureste asiático en 2004 o el huracán Katrina, en 2005. Es cierto que a partir de este huracán Katrina aumentó de forma significativa el estudio de los desastres naturales desde la perspectiva de género (Phillips y Russo, 2012). En Europa la investigación centrada en género y desastres tampoco ha tenido amplio desarrollo. En el Caribe y Latinoamérica, pese a ser entornos de mayor ocurrencia de este tipo de fenómenos, la situación es muy similar, aunque se han publicado estudios ocasionales sobre mujeres y desastres (Enarson y Maryeles, 2004). Asimismo, han surgido investigaciones sobre género y equidad en situaciones de desastre o desplazamiento, sobre todo ligadas a cuestiones medioambientales y sociales, dada la prevalencia de desastres naturales y migraciones forzadas. También es significativa la falta de conocimiento sobre los intereses, necesidades o derechos específicos de las mujeres y los hombres que corren el riesgo de sufrir catástrofes naturales en Oriente Medio o en África (Enarson y Maryeles, 2004). Por tanto, sigue siendo aún un tema pendiente de más desarrollo en la literatura especializada. Asimismo, la perspectiva de género todavía no se ha incorporado en la ayuda humanitaria, ni se ha integrado en la investigación y los proyectos de campo de los principales centros de desastres del mundo (Enarson y Maryeles, 2004; Tagliacozzo y Di Tullio, 2021).

Así, no solo resulta necesario un mayor desarrollo en este ámbito, sino también un análisis de las prácticas actuales y sus posibles sesgos. Tagliacozzo y Di Tullio (2021) afirman que los efectos de los roles de género aparecen también en la gestión de catástrofes, donde se inspiran en los valores masculinos. Las mujeres son excluidas de los grupos de respuesta formal y su papel queda relegado a la división tradicional según género, realizando tareas de socorro y prestando ayuda a las actividades realizadas por hombres, además de ocuparse de las víctimas, incluso de la salud mental y los efectos emocionales presentes en las mismas. Los hombres, por otra parte, asumen el liderazgo y la toma de decisiones (Danielsson y Erikson, 2020). Por esta razón, la puesta en práctica de los planes de igualdad de género, promovidos por la Comisión Europea, serían de utilidad para alcanzar mayor igualdad dentro de la investigación en género y desastres y avanzar en la misma (Tagliacozzo y Di Tullio, 2021).

Así, pues, dado que el impacto de los desastres es mayor e incide de forma distinta en las mujeres, la perspectiva de género en la gestión del riesgo y políticas de prevención debería ser de obligada inclusión. Sin embargo, los enfoques tradicionales desde los que se plantea la gestión de emergencias en desastres han tendido a la naturalización y

asunción de los roles de género, proyectando una imagen de las mujeres como seres pasivos que requieren de ayuda y cuya única actividad es el cuidado de las personas dependientes, mientras se describe a los hombres como participantes en la toma de decisiones y gestión de recursos (Fernández y Dema, 2018).

En el ámbito internacional, son referentes los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) y los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), en tanto que ambos recogen y marcan la agenda mundial en el ámbito de desarrollo y de gestión sostenible. No obstante, las cuestiones de género aparecen formuladas de forma poco clara y precisa. Por ejemplo, en el marco de la afectación de la pobreza debería incluirse también la variable de género, así como el reconocimiento de la división sexual del trabajo a la hora de considerar los diferentes ámbitos y trabajos que resultan afectados en las catástrofes. Para conseguir mitigar los daños ocasionados por los desastres, es también necesario visibilizar el trabajo que realizan las mujeres en tales situaciones e integrarlas en los recursos de ayuda, combatir los estereotipos y creencias erróneas existentes hacia ellas, y promover la participación de ambos géneros en el proceso de recuperación, reconstrucción y gestión del riesgo de forma equitativa. De hecho, aunque con mucha frecuencia a las mujeres se les niega la oportunidad de participar en acciones formales que puedan ayudar a reducir el riesgo de catástrofes, las investigaciones apuntan que las pérdidas pueden reducirse de forma significativa cuando las mujeres participan en las alertas de forma preventiva (Bradshaw y Fordham, 2013).

Ante estas situaciones de desastre las reacciones y respuestas de las personas afectadas son múltiples y variadas, poniendo en marcha estrategias para afrontar de forma más o menos adaptativa las dificultades que se les presentan. En el ámbito de la psicología estas estrategias se denominan *estrategias de afrontamiento*, siendo la definición propuesta por Lazarus y Folkman (1986) una de las más reconocidas: “*los esfuerzos cognitivos y conductuales constantemente cambiantes, que se desarrollan para manejar las demandas externas y/o internas que son evaluadas como excedentes o desbordantes de los recursos del individuo*” (p. 164). Estas estrategias se pueden dividir en dos tipos, y pueden darse de forma complementaria. Las primeras se denominan estrategias dirigidas al problema, basadas en la evaluación y modificación del mismo y la transformación hacia una situación que no suponga un perjuicio para la persona, o bien aportando nuevos recursos que permitan su gestión. El segundo tipo de estrategias están orientadas a la emoción, y pretenden reducir la respuesta emocional negativa y regularla, tratando de

reducir el malestar ocasionado por la situación estresante. Según los recursos que posea la persona para enfrentar las demandas ambientales, ya sean individuales o en relación con el entorno, se procederá a una valoración de la situación que incluye dos procesos: a) evaluación primaria, a través de la cual la persona valora si la situación implica una amenaza, desafío, posibilidad de pérdida o daño, y si por tanto resulta estresante; y b) evaluación secundaria, que aparece si la primera se evalúa como estresante, donde la persona realiza un análisis de los recursos y estrategias disponibles, su posible eficacia y las consecuencias de la misma (Lazarus y Folkman, 1986). De esta forma, las estrategias de afrontamiento centradas en la emoción aparecen con más probabilidad en una situación en la que la evaluación no ha podido ofrecer recursos para modificar la situación amenazante del entorno. Por otra parte, aquellas estrategias dirigidas al problema aparecen con mayor probabilidad cuando la situación estresante es evaluada como susceptible del cambio.

Estas estrategias de afrontamiento también divergen en función del género en estas situaciones de catástrofe. Un estudio sobre mujeres y hombres afectados por los desplazamientos geográficos en Colombia (Di-Colloredo et al., 2007) recoge diferencias significativas en las estrategias de afrontamiento puestas en marcha, siendo las mujeres quienes presentan un mayor control emocional y desarrollo personal, mientras que los hombres manifestaban estrategias de negación y pérdida de actividad, asociado a la aparición de estados depresivos. De hecho, algunas investigaciones plantean que la frustración ocasionada por el mayor estrés que sufren los hombres en situaciones de catástrofe puede ser un factor que incide en la transformación de esos sentimientos en agresiones contra las mujeres (Akerkar, 2007). En cambio, en las mujeres se da una situación paradójica pues, si bien el desastre puede impedir el ejercicio de los cuidados maternos y familiares en lo privado e implica una vivencia traumatizante de incapacidad y desestructuración identitaria, ellas tratan de resignificar otros espacios, como el comunitario, para ejercer estos roles de cuidados. Se amplía entonces el espacio femenino hacia responsabilidades compartidas con otras mujeres, lo cual puede implicar una mayor asunción de roles de cuidado, pero también supone un empoderamiento colectivo y resignificación (Magaña et al., 2010). También es más probable que las mujeres de las comunidades que sufren un desastre ofrezcan apoyo emocional de forma voluntaria y a largo plazo a otras víctimas del mismo, tanto dentro de su familia como fuera, y se responsabilicen de proporcionar y preparar la alimentación y el apoyo. Por su parte, los

hombres tienden a ocupar posiciones de liderazgo y realizar labores que implican el uso de la fuerza física, siendo reconocidos por los medios y la comunidad, mientras que el trabajo de las mujeres es invisibilizado.

Asimismo, el género puede influir en las emociones y las respuestas de las creencias en contexto de desastre. O'Connell et al. (2017) evaluaron conceptos emocionales y creencias en el terremoto de 2012 en Haití y el terremoto en Yogyakarta (Indonesia) en 2006. Las mujeres expresaban menor sensación de control que los hombres en Indonesia y eran más propensas a juzgar el desastre como un castigo divino en Haití (autoculpabilidad), mientras que los hombres tendían a culpar al Estado. Otras variables como la edad y la educación también influyeron en las respuestas en cada contexto del desastre, por lo que es necesario tener en cuenta la perspectiva de género y la influencia de la religión y cultura para comprender las emociones y creencias que aparecen en las catástrofes.

Las mujeres no están exentas de las imposiciones sociales incluso en los contextos catastróficos, pero no viven de forma pasiva el desastre ni son meramente víctimas, poniendo en marcha mecanismos activos de resignificación, tratando de mantener el control y aportando de forma colectiva, mientras que los hombres ponen en marcha estrategias más individuales. Para las mujeres también sirve como oportunidad para crecer de forma colectiva y escapar del rol social; a pesar de ello, como encargadas del hogar y la familia, se complica la posibilidad de recuperación.

De esta forma, el empoderamiento colectivo y los espacios de mujeres, así como las redes de amistades femeninas, habitualmente interpretados como de menor valor por girar alrededor de los cuidados colectivos no remunerados, adquieren en estos momentos un importante valor para la vida de las mujeres.

Análisis de las emociones

Por otra parte, es innegable que ante situaciones vitalmente estresantes como los desastres pueden surgir múltiples reacciones emocionales. Las emociones pueden conceptualizarse de forma habitual como fenómenos producidos en relación con objetos o personas, independientemente de nuestra voluntad, durante un tiempo determinado. La emoción podría definirse como:

Un complejo conjunto de interacciones entre factores subjetivos y objetivos, mediadas por sistemas neuronales y hormonales que: (a) pueden dar

lugar a experiencias efectivas como sentimientos de activación, agrado o desagrado; (b) generar procesos cognitivos tales como efectos perceptuales relevantes, valoraciones, y procesos de etiquetado; (c) generar ajustes fisiológicos (...) y (d) dar lugar a una conducta que es frecuentemente, pero no siempre, expresiva, dirigida hacia una meta y adaptativa (Kleinginna y Kleinginna, 1981, p. 355).

A lo largo de los años el concepto de emoción ha tenido un desarrollo notable y en las últimas décadas ha ido evolucionando y ajustándose a los distintos paradigmas teóricos imperantes en la Psicología (Fernández et al., 2011; Moltó et al., 2013).

William James, uno de los padres de la psicología de la emoción, afirmaba que no existiría un límite al número de emociones existentes y que estas varían mucho entre individuos, incluso en aquellos estímulos que las provocan; no serían entidades fijas, sino que dos emociones pueden parecer totalmente distintas según el sujeto que las perciba, incluso dos emociones bajo el mismo nombre (James 1884; 1894).

Dentro de los modelos contemporáneos de las emociones hay teorías que defienden la existencia de dos factores, uno de emociones negativas y otro de emociones positivas (Watson et al., 1988). Aunque existe falta de consenso sobre qué implica que una emoción sea positiva o negativa, las emociones positivas podrían definirse como “aquellas que amplían el repertorio de pensamiento y conducta de los individuos para aumentar sus recursos físicos, psicológicos y sociales disponibles” (Vecina, 2006) y estarían orientadas al crecimiento personal y el favorecimiento del contacto social. Por otra parte, existirían también las emociones negativas, cuya función es la de alertar de posibles peligros y favorecer la supervivencia del individuo.

La evaluación de las emociones también ha tenido un largo recorrido. A partir del modelo de dos factores, Watson et al. (1988) desarrollaron la escala PANAS, que posee un total de 20 ítems, 10 pertenecientes a la escala de afecto positivo y 10 a la escala de afecto negativo. Se ha validado en personas adultas, en adolescentes y en personas de edad más avanzada (Huebner, 1995; Kercher, 1992). Su validación original se desarrolló en población estadounidense (Watson et al., 1988) y se han realizado adaptaciones a distintas poblaciones, como la española (Sandín et al., 1999). También se ha utilizado tanto en población general como clínica (e.g., personas con disfunción y trastorno emocional, estrés, ansiedad, depresión). Los resultados de varios estudios han puesto de relieve que el afecto negativo está relacionado con estrés físico y emocional, falta de

estrategias de afrontamiento, problemas de salud y sufrimiento de eventos perjudiciales (Karlsson y Archer, 2007; Watson et al., 1984). Por tanto, es un instrumento que puede ser adecuado y útil para la evaluación de emociones que surgen en contextos como los de desastres donde aparecen muchas de estas variables emocionales.

Más allá de emociones positivas y negativas, hay modelos que tienen en cuenta otras variables y dan lugar a múltiples clasificaciones. La rueda de las emociones de Robert Plutchik (1980) es una clasificación basada en la teoría psicoevolutiva de las emociones, según la cual las emociones evolucionan y adaptan la forma en que se expresan para preservar la supervivencia de los individuos. A partir de estos supuestos, desarrolló su conocida *rueda de las emociones*, una de las categorizaciones contemporáneas más utilizadas para la evaluación emocional. La clasificación tiene su base en varios factores: la valencia afectiva (positiva o negativa), la intensidad de la emoción y la simplicidad o complejidad de la misma. A través de una analogía cromática explica la existencia de emociones primarias que se combinan entre ellas y que varían en intensidad. De esta forma, propone ocho emociones primarias básicas (i.e., miedo, sorpresa, tristeza, asco, enfado, expectativa, alegría y aceptación). A partir de estas surgen otras, hasta un total de 24 emociones que presentan una disposición circular (i.e., en rueda). En cuanto a las emociones básicas, hay pares de términos opuestos que se sitúan contrarios en la rueda, que serían alegría-tristeza, miedo-ira, confianza-asco y sorpresa-anticipación. Dentro de cada polo de opuestos existen grados de intensidad intermedia que se van separando gradualmente. A medida que las emociones se alejan del núcleo son menos intensas y, en la medida en que se aproximan, adquieren más intensidad. Cada una de las emociones tiene una función específica, es decir, unas funciones adaptativas que distinguen cada emoción y que favorecen la supervivencia del individuo. Estas emociones se activarían ante la exposición a diversos estímulos del medio y, a su vez, desencadenarían después las conductas que permiten la supervivencia. De esta forma, no habría emociones positivas o negativas de por sí, sino que cada una posee su función y todas son necesarias para el desarrollo de conductas variadas y específicas que aseguren el bienestar y la supervivencia.

Otro método para evaluar el estado afectivo o emocional de una persona es a través de un sistema de dos dimensiones que incluyen la valencia afectiva (que varía de un extremo a otro, desde agradable a desagradable) y la activación fisiológica. Este modelo ortogonal se conoce como el *modelo circumplejo de la emoción* (Feldman, 1999). Como

concepto de referencia, esta teoría denomina *core affect* a “los sentimientos afectivos más elementales, conscientemente accesibles, y su contrapartida neurofisiológica” (Feldman, 1999, p. 806). Este *core affect* estaría compuesto por un rango de emociones que varían en función de dos variables: agradable/desagradable y activación baja/alta, de forma que cada situación específica varía en el grado de activación y en lo agradable o desagradable que resulta. Las emociones se distribuyen en un modelo ortogonal y componen el *core affect*: tenso/a, nervioso/a, estresado/a, molesto/a, triste, deprimido/a, letárgico/a, fatigado/a, tranquilo/a, relajado/a, sereno/a, contento/a, feliz, eufórico/a, excitado/a y alerta.

Esta no es la única teoría basada en un modelo ortogonal, pero este tipo de medidas de emociones y afectos toman, en general, una forma circular cuando son proyectadas en el plano geométrico (Russell y Feldman 1999). El hecho de que se organicen de tal forma regularmente podría revelar que los afectos, en una concepción amplia, pueden clasificarse según más de una variable y, por tanto, deben ser descritos con más de una propiedad (e.g. valencia afectiva y activación). Así, el grado de similitud entre dos afectos se expresa en su cercanía en el perímetro del círculo, de tal forma que dos afectos opuestos serán lo más distintos posible entre sí cuando los separe una distancia de 180°. De hecho, el modelo PANAS de afectos positivos y negativos (Watson et al., 1988) podría describirse también en un espacio ortogonal de dos dimensiones: agradable-desagradable y vinculación-desvinculación, dando lugar a un afecto positivo alto o bajo y a un efecto negativo bajo o alto. Además, Feldman (1995) encontró que las diferencias individuales en la experiencia afectiva dentro del modelo circunplejo podían deberse a correlaciones entre elementos específicos, entre ellos el “afecto positivo” y el “afecto negativo” de Watson et al. (1988). Este modelo distingue también los denominados *prototypical emotion episodes*, que corresponden a casos más claros de emociones sentidas, como la felicidad, tristeza, aversión, miedo, ira y sorpresa, correspondiendo a emociones más básicas, discretas y excluyentes entre sí.

Díaz y Flores (2001), desde el modelo psicoevolutivo de las emociones y en base a teorías como la de Plutchik (1980), identificaron 381 términos sobre emociones y realizaron una clasificación en torno a 14 ejes (e.g., amor-odio, tensión-calma). Cada eje se elaboró en base a una coordenada que tiene en cuenta la valencia agradable o desagradable de la emoción y otra que refleja el estado de activación que varía entre relajación-excitación. Cada uno de ellos se elaboró en base a un proceso de análisis del

vocabulario emocional a través de varias fases: (a) recopilando términos que designen emociones concretas; (b) agrupando dichas emociones en conjuntos semánticos afines de 6 a 17 palabras; (c) seleccionando un término que representase cada conjunto; (d) ordenando los términos dentro de cada categoría en base a la intensidad de la emoción; (e) identificación de pares de emociones contrarias, y finalmente, (f) establecimiento de 14 ejes de emociones opuestas (*calma-tensión, certeza-duda, compasión-ira, diversión-aburrimiento, agrado-desagrado, alegría-tristeza, placer-dolor, satisfacción-frustración, deseo-aversión, amor-odio, valor-miedo, vigor-agotamiento, entusiasmo-apatía y altivez-humillación*). Posteriormente elaboraron un modelo afectivo ortogonal, que coloca cada emoción en base a dos coordenadas; una que tiene en cuenta la valencia agradable o desagradable de la emoción y otra que refleja el estado de activación que varía entre relajación-excitación.

Las emociones, tanto en contexto de desastre como en otros, también pueden analizarse con perspectiva de género; desde el mismo momento en que niños y niñas comienzan su educación, se va moldeando qué se espera de ellos y ellas, también emocionalmente. Así, los diferentes agentes socializadores refuerzan e imponen roles sociales y emociones en hombres y mujeres. Tradicionalmente, y en la literatura sobre emociones, se ha asociado a la mujer una mayor sensibilidad y expresividad emocional y más facilidad para reconocer las emociones en los demás, siendo a su vez estas conductas reforzadas durante el proceso de socialización. En las últimas décadas se ha producido un cierto desarrollo de investigaciones sobre esta temática, pero gran parte de estos trabajos estudian las diferencias emocionales atendiendo a la variable sexo, obviando el género y el componente social de dichas diferencias. Martínez-Marín y Martínez (2016) afirman que las diferencias en inteligencia emocional que se dan entre hombres y mujeres tienen que ver con el género y no con el sexo, es decir, se trata de una cuestión cultural más que biológica. En la reciente revisión sistemática de Suberviola (2019), se encontraron diferencias significativas en habilidades relacionadas con expresión y regulación de emociones; sin embargo, estas no se presentaban desde edades tempranas, sino que se acentuaban con el paso de la edad, de forma que podrían explicarse por la intervención de factores como la socialización, la educación formal y no formal y la instrucción diferencial en niños y niñas, en función de los roles socioemocionales establecidos para cada género. Además, la presión social también establece diferencias en cuanto a la expresión de las emociones. Así, algunos de los estudios revisados reportan que las

mujeres presentan mayores niveles de depresión y ansiedad que los hombres, quienes a su vez muestran mayor control de impulsos y autorregulación. En la práctica, esta variable de control de impulsos estaría más relacionada con lo que se espera de los hombres y su relación con la masculinidad, no de sus verdaderas capacidades emocionales, si se tiene en cuenta, por ejemplo, la mayor tasa de suicidios en hombres o de delitos violentos respecto a esta misma tasa en mujeres.

Por tanto, interesa conocer estas diferencias emocionales en un contexto de desastre también desde el punto de vista social y contextual, es decir, con perspectiva de género.

Desastres naturales en España. El terremoto de Lorca

Por lo que respecta a España y a otros países de habla hispana, ya se ha señalado que son escasos los estudios que aborden la gestión de riesgo en los desastres naturales desde la perspectiva de género. La mayoría de estas investigaciones están relacionadas con los desastres que se han producido en América y Asia. Por tanto, introducir aportaciones desde la perspectiva de género en la afectación de las catástrofes naturales en el ámbito español, el objetivo general que persigue este trabajo que estamos presentando, resulta un aspecto no solo novedoso sino también necesario.

De todas las catástrofes, naturales y no naturales, que han sucedido en España a lo largo de su historia, el de mayor gravedad ha sido el terremoto sucedido en Lorca, un seísmo producido en esta localidad de la Comunidad de Murcia el 11 de mayo de 2011. Dicho seísmo fue precedido por otro de Mw 4,6 (i.e., medida en magnitud de momento que tiene en cuenta la energía total liberada por el sismo) a las 17:05 hora local (15:05 UTC) del mismo día, el cual es considerado como evento premonitor. Se produjeron múltiples réplicas, produciéndose en el mismo día, a las 22:37 hora local (20:37 UTC), la réplica de mayor magnitud (Mw 3,9). Desde el primer seísmo, 11 de mayo, hasta el último, día 17 de mayo, se produjeron un total de 103 réplicas con magnitudes entre mbLg 0.4 y Mw 3.9 La magnitud del terremoto principal fue de VIII en la escala de Mercalli, lo que corresponde a un seísmo destructivo que puede afectar a estructuras no especializadas y provocar derrumbes. Se produjeron nueve víctimas mortales y 324 personas heridas, 19.000 personas desplazadas, más de 500 edificios destruidos y un coste final de miles de millones de euros, con gran afectación del patrimonio civil y cultural, como en la zona del casco antiguo, edificios públicos y viviendas.

Ya se ha señalado que los terremotos son sucesos relativamente imprevistos, que en pocos segundos pueden producir grandes catástrofes y cuyo carácter imprevisible aumenta la incertidumbre y la indefensión de quienes lo sufren. Además, a este sentimiento de desprotección se suma la existencia de réplicas sísmicas que pueden reavivar el trauma original y elevar aún más el estado de ansiedad de las víctimas, provocando incertidumbre e hiperactivación, y debilitando los roles sociales que las personas ejercen en su día a día (Magaña et al., 2010). De ahí que, del mismo modo que se llevan a cabo medidas posteriores a las catástrofes para la recuperación de bienes y patrimonio (e.g., intervenciones de los cuerpos y fuerzas de seguridad, bomberos y servicios médicos), las intervenciones psicológicas son igualmente importantes y necesarias, ya que la salud mental de las y los supervivientes suele quedar significativamente afectada tras estos sucesos.

Los escasos estudios existentes sobre el impacto diferencial que los desastres naturales provocan en la esfera emocional de hombres y mujeres han mostrado resultados divergentes señalando, unos, un mayor impacto del trastorno por estrés postraumático (TEP) en las mujeres y, otros, un mayor control y desarrollo emocional en las mujeres y estrategias de negación y pérdida de actividad en hombres, asociados a la aparición de estados depresivos (Di-Colloredo et al., 2007). Similares resultados también fueron recogidos en un estudio que analizaba el impacto de 37 desastres naturales e incendios, siendo el diagnóstico de TEPT significativamente mayor en mujeres que en hombres, diferencias también consistentes en población infantil y adolescente (Tolin y Foa, 2006).

La primera investigación sobre afectación psicológica de dicha catástrofe en España es la de López-García y López-Soler (2014). Los resultados de este estudio señalan una prevalencia de TEP en un 55,4% de la población evaluada tras un mes desde el terremoto y se mantenía en un 40,1% un año después. Asimismo, se encontró una afectación diferencial según el sexo y edad: las niñas más pequeñas eran especialmente más vulnerables al impacto psicológico de la catástrofe (65,5% de niñas frente a 46,9% de niños al mes del seísmo, y 44,5% frente a 35,9% al año). Otro estudio más reciente (Alonso Moro et al., 2020) también relaciona el terremoto de Lorca con una mayor tasa de ansiedad, estrés y empeoramiento de la salud mental general en mujeres adultas, quienes presentaban un elevado estado de tensión, hiperactivación y desbordamiento emocional.

Así, pues, dada la relevancia de esta temática y las escasas evidencias científicas de que disponemos, el objetivo de este trabajo se centra en el análisis de las emociones, las estrategias de afrontamiento y las diferencias de género en la población española expuesta a uno de los terremotos más recientes y de mayor afectación del último siglo, el vivido en Lorca (Murcia) en 2011. Estos han sido los objetivos de nuestro estudio.

2. MÉTODO

2.1 Descripción de la muestra

La muestra estuvo formada por personas que habían sido autoevacuadas, es decir, personas que abandonan su vivienda o lugar de residencia por el riesgo del evento ocurrido en la zona) tras el terremoto en Lorca y que, tras su consentimiento informado para participar voluntariamente en el estudio, fueron asignadas a los dos grupos de discusión que conformaron la muestra de este estudio. Los criterios de inclusión establecidos fueron:

- Personas residentes en Lorca en el momento del terremoto.
- No presentar enfermedades o graves problemas de comunicación que impidan la realización del grupo de discusión.
- Aceptar la participación en el estudio tras recibir información de los objetivos y desarrollo del mismo.

Así, se obtuvieron dos grupos de discusión separados por sexo: mujeres autoevacuadas (seis personas) y hombres autoevacuados (seis personas). Se les informó acerca del objetivo del estudio, indicando que se deseaba estudiar la afectación derivada de los desastres naturales y que otro estudio similar se estaba en Chile, para así comparar posteriormente los resultados. Se aseguró el respeto a la confidencialidad y la protección de datos y firmaron un consentimiento informado para utilizar los datos que se extrajeran de las entrevistas. Sus nombres y datos personales no aparecen en las transcripciones de las entrevistas, de forma que se omiten o modifican los nombres de personas u organizaciones sociales en las transcripciones para garantizar el anonimato. Las entrevistas fueron grabadas y posteriormente transcritas para su codificación en el programa MAXQDA. Las entrevistas tuvieron una duración que osciló entre una hora y media y una hora y cuarenta minutos. Al final de las entrevistas se agradeció su

participación y su tiempo y se facilitó un contacto por si quisieran conocer los resultados del estudio.

Para llevar a cabo las entrevistas se siguió un guion con una serie de preguntas y aspectos que interesaba conocer de los y las participantes, con preguntas guía en caso de que no surgiesen espontáneamente durante las conversaciones, así como para reconducirlas cuando éstas se desviasen de los temas de interés. No obstante, se permitió seguir el orden que surgiese en las conversaciones espontáneamente, volviendo a centrar el tema o dirigiendo hacia otro cuando este hubiese terminado. Las moderadoras facilitaron la expresión emocional de los y las participantes y guiaron la conversación, facilitando que todas las personas participasen y se respetasen los turnos de palabra.

La estructura de las entrevistas y los temas a abordar fueron los siguientes:

- a. Vivencia del terremoto: cómo fue el terremoto de 2010, cómo lo vivieron, dónde se encontraban cuando sucedió, qué hicieron en aquel momento, dejando libertad para que comiencen el relato a su manera.
- b. Situación post terremoto: abarca la organización de su vida cotidiana en los albergues o casas donde se hospedaron durante el suceso: cómo se encargaron del trabajo remunerado, tareas domésticas y de cuidado tras el terremoto y si tuvieron ayuda del gobierno u otras organizaciones; quiénes se encargaban de la comida y cómo se realizaba la provisión de alimentos, el cuidado de personas dependientes (e.g., infantes, personas enfermas, mayores); tipo de trabajo desarrollado antes y cómo cambió tras el terremoto; la accesibilidad a servicios sanitarios; el acceso a vivienda antes y después del terremoto, y si tuvieron que cambiar de vivienda o pudieron volver a ella; y si viven cerca del lugar donde residían antes, si migraron a otra comunidad, ciudad o barrio y las razones para ello.
- c. Aprendizaje para el futuro: percepción del riesgo y el desastre. Se pregunta acerca de cuestiones que invitan a la reflexión personal y grupal: si lo ocurrido fue inevitable y posibles causas del terremoto, si hubo factores que dificultaron o facilitaron la experiencia vivida (e.g., familiares, personales, de salud). Conocer si se encuentran más preparados para un futuro terremoto si ocurriera y qué aprendieron de esta experiencia. Si algunas personas habían vivido una situación o desastre anteriormente, saber si estaban mejor preparados para este, y conocer su percepción acerca de cómo se verían preparados o qué harían si hubiese otro terremoto o catástrofe futura.

2.2 Proceso y descripción de los sistemas de codificación

Como paso previo a la elaboración del sistema de categorías de análisis de emociones, se realizó una amplia revisión de las teorías sobre emociones (e.g., básicas, evolutivas, cognitivas) que pudiesen ajustarse a los objetivos del estudio. Para esta búsqueda fueron utilizadas bases de datos como, JSTOR, SAGE Journals, Science Direct, ResearchGate y Google Académico. Una vez revisadas y analizadas las diferentes teorías, aquellas que se consideraron más adecuadas para la elaboración un sistema de categorización de emociones que permitiera el análisis de la información recogida en las entrevistas fueron las siguientes:

- Escala PANAS. Autoinforme que posee una estructura bidimensional donde cada dimensión no es opuesta sino complementaria de la otra, y se compone de 20 ítems, 10 pertenecientes a la escala de afecto positivo y 10 a la escala de afecto negativo, independientes entre sí.
- La rueda de emociones de Plutchik (1980). Presenta una amplia variedad de emociones y matices y consta de pares de opuestos que además varían en gradación. Propone ocho emociones primarias básicas (i.e., miedo, sorpresa, tristeza, asco, enfado, expectativa, alegría y aceptación) a partir de las cuales surgen otras mediante combinaciones o estados graduales, llegando hasta un total de 24 emociones.
- La teoría de Feldman y su modelo circuplejo, cuya formalización matemática permite representar los estados afectivos centrales y representar las diferencias individuales existentes, vinculados a la variación de la experiencia emocional (Feldman y Bliss-Moreau, 2009).
- El modelo de Díaz y Flores (2001). Consta de 381 términos relativos a estados emocionales y clasificados en torno a 14 ejes (e.g., amor-odio, tensión-calma). El modelo afectivo ortogonal resultante coloca cada emoción en base a dos coordenadas: una que tiene en cuenta la valencia agradable o desagradable de la emoción y otra que refleja el estado de activación que varía entre relajación-excitación.

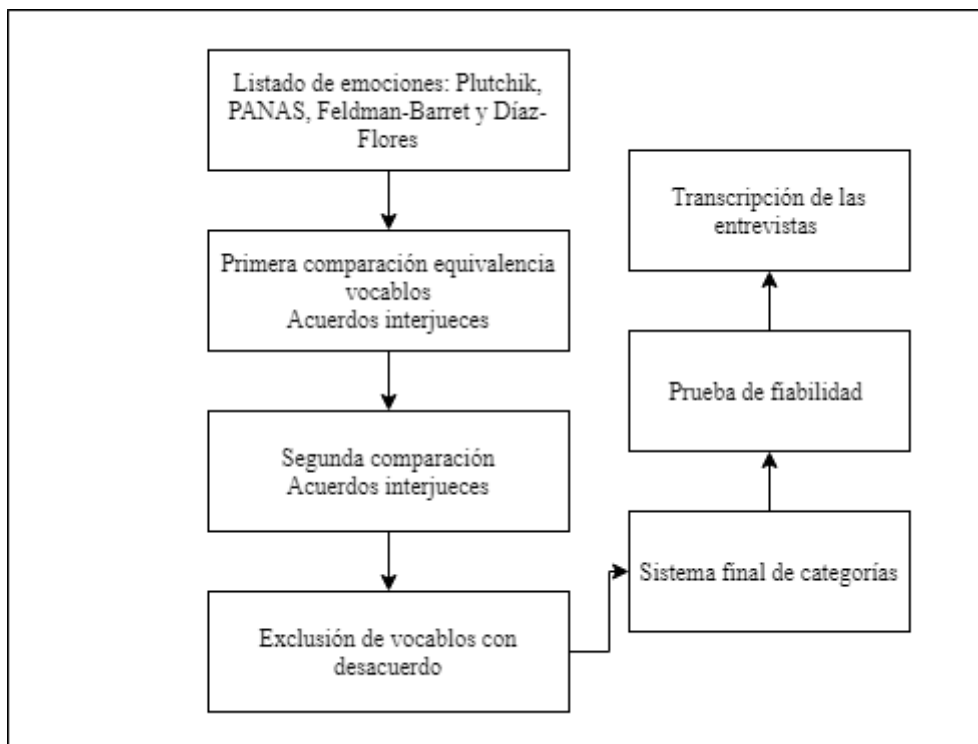
Estas teorías, tal y como han sido descritas, y sus términos emocionales, se utilizaron como base para la elaboración de un modelo propio para la codificación de las emociones recogidas en las entrevistas realizadas a los grupos de discusión.

2.3 Creación y validación del modelo afectivo final

A partir de las teorías emocionales anteriormente descritas, se elaboró un listado de emociones y se realizó una comparación de todo el vocabulario emocional recogido para determinar las similitudes y llegar así un modelo definitivo que fuese pertinente y acorde a la investigación sobre emociones ante la situación de desastre, y a su vez permitiese recoger todas las emociones que apareciesen en las entrevistas realizadas. El proceso seguido puede verse en la siguiente figura.

Figura 1

Fases del proceso de creación del sistema de categorías utilizado para la clasificación.



Dentro de cada eje emocional propuesto por Díaz y Flores (2001), se compararon las emociones de las teorías descritas para averiguar en qué eran similares o equivalentes y así recogerlas dentro de cada eje. Para obtener un acuerdo interjueces, tres personas expertas realizaron una primera comparación para cada eje de emociones (positivas y negativas) comparando los términos en cada teoría hasta obtener equivalencias. En esta primera clasificación se mantuvieron los términos originales de cada teoría, comparándose entre sí, y recogiendo las equivalencias en una tabla. Posteriormente, se procedió a una segunda categorización donde se incluyeron agrupaciones de términos, uniéndose vocablos procedentes de varios ejes (e.g. satisfacción-alegría, vigor-

entusiasmo). Se mantuvieron por separado aquellos términos que no encajasen en ninguna categoría o tuviesen matices diferenciadores. Después, se compararon las clasificaciones entre las personas expertas y se eliminaron aquellos vocablos que no aportasen a la lista de emociones ya elegidas o que diesen lugar a desacuerdos.

Finalmente, la Tabla 1 recoge las categorías que fueron utilizadas en el análisis cualitativo de las entrevistas.

Tabla 1

Listado de emociones positivas y negativas utilizadas para la categorización.

Emociones negativas	Emociones positivas
<ol style="list-style-type: none"> 1. Tensión, inquietud, nerviosismo, intranquilidad 2. Duda, indecisión, incertidumbre 3. Ira/enojo, enfado, irritación, 4. Tristeza, frustración, decepción, amargura 5. Aversión, asco, repugnancia 6. Desprecio, antipatía, odio 7. Inseguridad, miedo, temor, pánico, espanto 8. Agotamiento, somnolencia, cansancio, extenuación 9. Humillación, vergüenza, sumisión, sometimiento 10. Apatía, pereza, abulia, indolencia 11. Dolor, aflicción, sufrimiento 	<ol style="list-style-type: none"> 1. Calma, tranquilidad, quietud, relajación 2. Valor, esfuerzo, excitación 3. Sorpresa, diversión 4. Satisfacción, agrado, orgullo 5. Alegría, contento, entusiasmo, júbilo 6. Certeza, confianza, decisión, disposición, claridad 7. Compasión, lástima, misericordia 8. Vigor, energía, activación, inspiración, ánimo 9. Deseo, anhelo, interés 10. Amor, apego, cariño 11. Placer, gozo, dulzura, suavidad

Se trabajó, así, con dos categorías principales: emociones negativas y emociones positivas. De cada una de estas se desprenden 11 subcódigos que permitieron identificar cada segmento de texto con un subcódigo asignado a cada categoría.

Para comprobar que la forma de valoración de las emociones era apropiada y que todas las personas expertas coincidían en determinar el segmento donde aparece una emoción y cuál sería, se hicieron varias comprobaciones. Primero, se escogieron al azar varios fragmentos de una de las entrevistas para hacer una primera prueba; de forma aleatoria se seleccionó un rango de 10 líneas de duración y un número al azar del 1 al 20 para comenzar la valoración. Así, se evaluaron las líneas 19-29, 49-59, 79-89 y 109-119. De esta forma se asegura que los segmentos elegidos sean aleatorios y no haya sesgos iniciales.

El primer paso fue comprobar la segmentación de unidades, es decir si las tres juezas señalaban los mismos fragmentos del discurso como conteniendo discurso emocional. En total, se encontraron 43 segmentos en los que las expertas tuvieron acuerdo en 38 y 5 desacuerdos. Es decir, se obtuvo un 88,3% de acuerdo.

El segundo paso consiste en comprobar la fiabilidad intrajueces e interjueces del sistema de categorías construido. Para codificar los segmentos se propusieron una serie de normas que facilitasen la comprensión conjunta de las transcripciones y que se detallan a continuación:

(a) cuando un interlocutor sea interrumpido su siguiente intervención será recogida como un mismo turno y, por tanto, el segmento que quede interrumpido será considerado como uno solo, así como el turno;

(b) si un interlocutor interrumpe a otro y reconduce o cambia del tema, sí se considera cambio de turno y se trata de un fragmento distinto;

(c) cuando se producen reiteraciones de palabras o emociones, mientras vayan seguidas se consideran dentro del mismo segmento, y aunque estén expresadas con distintos vocablos, formarán parte del mismo código;

(d) la persona que hace de moderadora no es codificada dentro de sus intervenciones;

(e) cuando hay dudas sobre segmentos, bien por falta de contexto o porque una parte del texto queda codificado como ininteligible, debe marcarse como duda y se procede a escuchar la parte de la grabación correspondiente a dicha parte del texto.

Además, la fiabilidad intrajueces se consiguió realizando varias valoraciones a los textos, dejando un rango de varios días entre las observaciones para garantizar una visión más imparcial, y comparando después con la valoración anterior de la misma experta. De esta forma quedó delimitado el concepto de fragmentos o segmentos del texto que contienen emociones.

En un paso posterior, se realizó el mismo procedimiento asignando a cada segmento el código y subcódigo de la emoción a la que correspondería para comprobar la fiabilidad interjueces del sistema de categorías. El grado de acuerdo en cuanto a las emociones reflejadas en los segmentos fue alto ya en su primera ronda: se produjeron 7 desacuerdos y 77 acuerdos en categorías, dando un 91,66% de acuerdos entre las tres juezas.

2.4 Análisis cualitativo

Para el propio análisis de las entrevistas, se codificaron las transcripciones de las entrevistas divididas por la variable sexo (hombres / mujeres). Utilizando la clasificación emocional elaborada, se analizaron los segmentos de interacción y se categorizaron las emociones que aparecían en cada uno de ellos.

Posteriormente las transcripciones se trasladaron al programa informático MAXQDA® para realizar el análisis cualitativo. Este programa presenta varias ventajas para la codificación, como la capacidad de analizar diferentes unidades de significado, desde letras y sílabas a documentos de texto completos. Además, puede codificar tanto textos como imágenes. El programa también permite asociar un mismo fragmento de texto a más de un código, de forma que se puede asociar el mismo segmento a más de una categoría emocional ya que el sistema construido no era de categorías excluyentes (Oliveira et al., 2016).

Así, se introdujeron los segmentos y las emociones de cada uno, y se analizó el número de emociones que aparecían según las variables de interés, de forma que se obtuvieron las frecuencias e importancia de cada emoción dentro del conjunto.

Finalmente, una vez codificada la información se analizó la misma tratando de encontrar conexiones y estableciendo relaciones que permitiesen realizar una interpretación y explicación de los discursos de los grupos de mujeres y hombres.

En síntesis, el método seguido en este estudio se desarrolló a través de las siguientes fases:

1. Información a las personas participantes de las características y objetivos de la investigación.
2. Firma del consentimiento informado de participación en el estudio.
3. Realización de los grupos de discusión y las entrevistas.
4. Transcripción de los datos.

5. Elaboración del sistema de categorías para la codificación y examen de su fiabilidad.

6. Análisis de los datos codificados con el paquete informático de software MAXQDA-2020: comprobación de temas compartidos, etc.

3. RESULTADOS

A continuación, se describen los resultados obtenidos en el análisis cualitativo de las transcripciones codificadas analizadas con el MAXQDA®.

3.1. Emociones positivas y negativas totales

Primeramente, se analizaron los códigos y subcódigos emocionales referentes a la totalidad de las entrevistas. En total, se obtuvieron 201 fragmentos de códigos negativos y 105 códigos de emociones positivas. Como puede observarse, el número de códigos negativos es el doble de fragmentos con códigos positivos, lo cual indica que las emociones negativas están mucho más presentes en las vivencias y experiencias relacionadas con el terremoto. Debe aclararse que en un mismo fragmento codificado pueden aparecer varias emociones, es decir, varios códigos pues, como ya se ha dicho, las categorías no son excluyentes (e.g.. en un fragmento como el siguiente: *“bueno, una sensación horrorosa, fue una sensación horrorosa de angustia porque pensábamos no van a funcionar los teléfonos móviles, etcétera, yo quise localizar a mi marido...”*), podríamos encontrar códigos negativos que contienen subcódigos de la categoría 1 (i.e., tensión, inquietud, nerviosismo e intranquilidad) y también de la categoría 7 (i.e., inseguridad, miedo, temor, pánico, espanto).

En el sumatorio total de emociones, vemos que las emociones positivas más frecuentes, en el total de hombres y mujeres, son las correspondientes a la categoría 6 de emociones positivas (i.e., certeza, confianza, decisión, disposición y claridad) (27,8%), seguidas de la categoría 4 (i.e., satisfacción, agrado y orgullo) con un 17,3%. En menor medida aparecen la categoría 5 (i.e., alegría, contento, entusiasmo y júbilo) (12%) y, con el mismo porcentaje, las referentes a la categoría 1 (i.e., calma, tranquilidad, quietud y relajación). Por otra parte, las emociones negativas más frecuentes pertenecen a la categoría 4 (i.e., tristeza, frustración, decepción y amargura) (20,6%), seguidas de la categoría 7 (i.e., inseguridad, miedo, temor, pánico y espanto) (18,2%) y de la 11 (i.e., dolor, aflicción y sufrimiento) (16,5%). En la Figura 2 se muestra la nube de palabras

resultante que refleja la frecuencia de las categorías, de tal forma que a mayor tamaño más frecuencia de aparición en el discurso.

Figura 2

Representación gráfica de los subcódigos según frecuencia de aparición en el total de personas entrevistadas.



3.2. Análisis diferencial por sexos

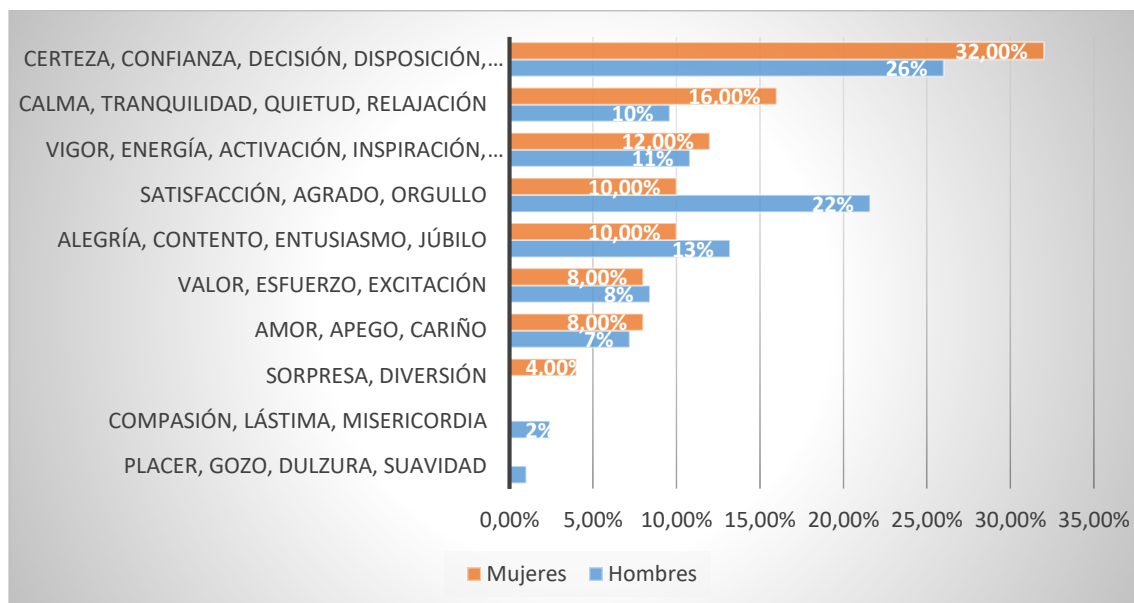
Las emociones que aparecen en los discursos de ambos grupos de discusión son prioritariamente negativas. En el caso de los hombres las negativas casi duplican a las positivas y en el de las mujeres casi las triplican.

3.2.1. Emociones positivas: diferencias entre hombres y mujeres

A continuación, se describen las diferencias que se encuentran comparando el discurso de hombres y mujeres. La Figura 3 muestra las diferencias en porcentajes.

Figura 3.

Representación gráfica de los subcódigos de emociones positivas según frecuencia de aparición en el discurso de mujeres y hombres.



En cuanto a las emociones positivas, tanto en mujeres como en hombres la categoría 6 es la más frecuente, representando el 32% del discurso de emociones positivas en el caso de las mujeres y el 26% en el caso de los hombres. Analizando el contexto en el que aparece esta categoría positiva en el discurso, se observa que en ambos grupos está relacionado con una emoción positiva en el momento inicial tras la catástrofe, en el momento de asegurar la supervivencia y bienestar de los seres queridos, como puede observarse en los siguientes *verbatim*:

Grupo de discusión de mujeres

“Al pasar la noche ya pude decir un poco decir ¿mamá, donde estáis? Y yo digo estoy en Totana, pero ya no se oía dónde estaban, pero yo digo ya con solamente oírle la voz pues ya sé que está bien”.

Grupo de discusión de hombres

“Y nada, el segundo terremoto me pilló de nuevo mi casa. Y ahí, ya, ya sabía lo que estaba pasando, fui al despacho de mi padre para ver que estaba todo bien”.

En segundo lugar, en frecuencia aparece la categoría *1-Calma* (16% para las mujeres y 10% para los hombres), seguido de *8-Vigor*, que ocupa porcentajes similares en el discurso de mujeres (12%) y hombres (11%). Seguidamente, *4-Satisfacción* ocupa el 10% del discurso de emociones positivas de las mujeres y el 22% del de los hombres. Tanto hombres como mujeres refieren estar satisfechos con la situación actual de Lorca en cuanto a las labores de reconstrucción. Por otro lado, esta emoción también se refiere a la resiliencia y cómo se perciben en la actualidad.

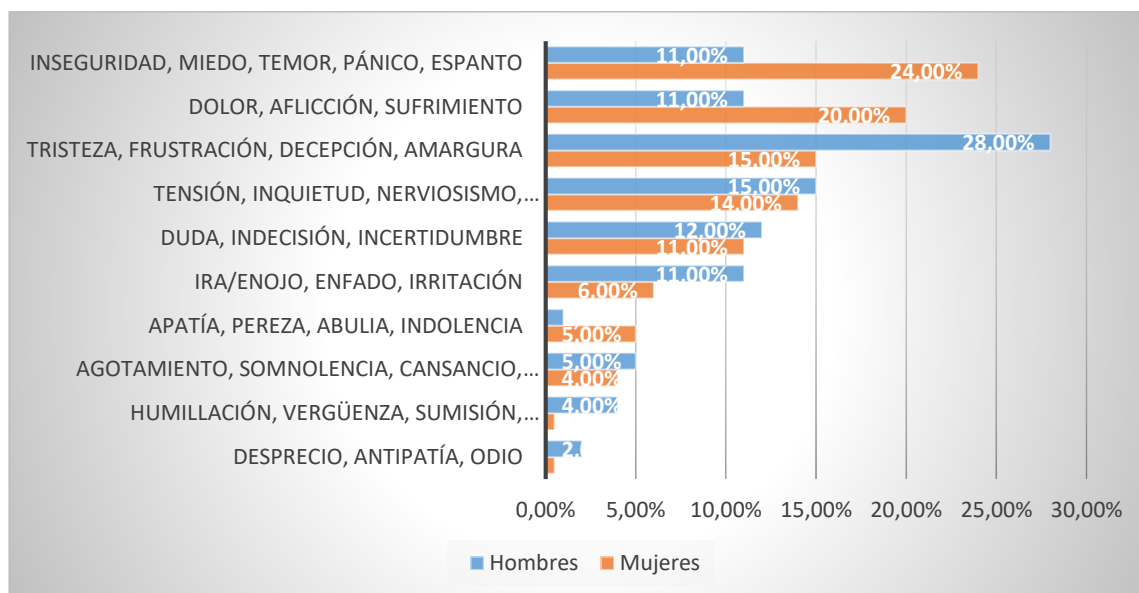
La categoría *5-Alegría* ocupa ambos discursos de forma muy similar, siendo el 10% en el discurso de emociones positivas de las mujeres y el 13% del de los hombres, al igual que *2-Valor*, que ocupa el 8% de ambos, haciendo referencia a la necesidad de mostrar fuerza y lograr ser un empuje o referente para los seres queridos. En el caso de la categoría *10-Amor*, ocupa porcentajes similares (8% en mujeres y 7% en hombres), y tanto mujeres como hombres refieren al sentimiento de unión surgido tras el desastre. La categoría *3-Sorpresa* aparece exclusivamente en el discurso de emociones positivas de las mujeres (4%) asociado a situaciones anecdóticas tras la catástrofe en las que pudieron recuperar algunos objetos inesperadamente. Por último, las categorías *7-Compasión* (2%) y *11-Placer* (1%) aparecen exclusivamente en el discurso de los hombres.

3.2.2. Emociones negativas: diferencias entre hombres y mujeres

En cuanto a las emociones negativas en hombres y mujeres, la figura 4 muestra los porcentajes de frecuencia por sexos:

Figura 4.

Representación gráfica de los subcódigos de emociones negativas según frecuencia de aparición, en porcentajes, en el discurso de mujeres y hombres.



En primer lugar, aparecen las emociones categorizadas bajo la categoría 7-*Inseguridad*, que representan el 24% del discurso de las emociones negativas de las mujeres y el 11% en el caso de los hombres. Posteriormente se encuentra la categoría de 11-*Dolor*, que tiene mayor presencia en el discurso de las mujeres (20%) que en el caso de los hombres (11%) y se refiere en ambos casos a sufrimiento a corto y a largo plazo. La categoría de 4-*Tristeza* ocupa un tercer lugar en el discurso de las mujeres (15%) y, sin embargo, es lo más referido en el caso de los hombres (28%). Por su parte, la categoría 1-*Tensión* aparece en una proporción bastante similar en el caso de ambos (14% mujeres, 15% hombres) fundamentalmente asociado a los momentos iniciales tras el terremoto y las reacciones emocionales intensas.

Las emociones relacionadas con la categoría 2-*Duda* también aparecen bastante proporcionadas en mujeres (11%) y hombres (12%). En el caso de la categoría 3-*Ira* aparece en mayor medida en el discurso de los hombres (11% frente a 6% en las mujeres). Se asocia en ambos grupos a la gestión de la catástrofe por parte de las administraciones, temática en la que se profundizará más adelante. Apenas hay tampoco diferencia en la aparición de 8-*Agotamiento* en el discurso de mujeres (4%) y hombres (5%). En ambos grupos aparece asociado al cansancio físico por las labores realizadas los primeros días

tras el terremoto y también al cansancio mental por la situación que vivían en esos momentos. En el caso del discurso de las mujeres, la categoría *10-Apatía* supone un 5% del mismo y se asocia a la falta de motivación y fuerzas para afrontar los retos del día a día. En cambio, en los hombres solamente supone un 1% del discurso, apareciendo en torno a la temática de la burocracia, tema que se retomará más adelante. La categoría *9-Humillación* es una emoción negativa más presente en el discurso de los hombres (4%) que en el de las mujeres (0,5%). Finalmente, las emociones negativas relacionadas con *6-Desprecio* aparecen en un porcentaje mínimo (0,5% en el caso de las mujeres y 2% en el caso de los hombres), generalmente haciendo referencia a altercados o enfrentamientos ocurridos tras la catástrofe en el proceso de recuperación de bienes materiales.

4. DISCUSIÓN

La experiencia afectiva en el terremoto, como resulta esperable, parece estar más relacionada con las emociones negativas que con las positivas, apareciendo con el doble de intensidad y reflejando el sufrimiento psicológico y emocional de las personas afectadas. En función del grupo se encuentran diferencias de género en el contexto de desastre.

En el caso de las emociones positivas, podría destacarse que la categoría *Vigor* ocupa porcentajes similares en ambos discursos; sin embargo, las situaciones en las que se observan son distintas. Las mujeres refieren este código cuando describen en la actualidad el desastre, desde una perspectiva positiva y de resiliencia, como puede verse en los testimonios. Además, las emociones asociadas al vigor están relacionadas con el aguante emocional, ya que muchas mujeres relatan experiencias más relacionadas con la resiliencia psicológica en el momento del desastre e inmediatamente después que el aguante físico. Como se apuntaba en la introducción, en muchas ocasiones las catástrofes debilitan y causan mucho sufrimiento a las mujeres que las viven, pero también pueden actuar como un evento que permite su empoderamiento y el desarrollo de su resiliencia; se ven capaces de seguir adelante, tal y como recogen sus testimonios, aunque en el momento del terremoto se encontraban en un estado muy vulnerable. Así, logran sacar fuerzas no solo para salir adelante por ellas, sino también para empoderar y ayudar a los demás a través de sus acciones compartidas y del apoyo colectivo (Magaña et al., 2010).

En el caso de los hombres, esta emoción se asocia a los primeros momentos tras el terremoto en el cual tuvieron que poner en marcha estrategias de supervivencia. De

esta forma, se centran más en el apoyo físicamente en las labores durante el terremoto, sin poder permitirse en la misma medida el desahogo emocional (e.g., “*aquí no se puede parar en ningún momento, aquí nadie llora, nadie desahoga*”). En su lugar, sí refieren llevar a cabo labores físicas (e.g., desplazamiento, ayuda con suministros, búsqueda de personas), siendo estas emociones las relacionadas con el aguante físico, tan reforzadas socialmente para ellos.

Ejemplos de fragmentos de discurso correspondientes a los subcódigos de la categoría 8 “*Vigor, energía, activación, inspiración y ánimo*” en mujeres y hombres son los siguientes:

Grupo de discusión de mujeres

“Tienes que ser fuerte, y seguir luchando, aunque te cambie, decir mira, déjame a mí.”

“{Perdí muchas semanas} de trabajo, pero bueno se sale de todo, se sale de todo, hay que seguir luchando, ser constante y decir bueno, pues a disfrutar pequeños momentos, a seguir... viviendo y... y aprovechar cada minuto, cada segundo, y valorar.”

Grupo de discusión de hombres

“Bueno, pero al final estuvimos ahí aguantando, aguantando y ya era la hora que se hacía de noche.”

“El hombre que estaba conmigo no podía salir del sótano. Me vine a sacarlo por la rampa del sótano. Bueno, lo saqué y entonces fui a buscar a mis hijos a ver cómo estaban.”

“Bueno, pues ya empecé a buscarlos, hasta que los encontré en la carretera.”

Otra categoría donde se aprecian diferencias significativas dentro de las emociones positivas corresponde a *Satisfacción* (categoría 4), ocupando el 10% del discurso de emociones positivas de las mujeres y el 22% del de los hombres. En el caso de las mujeres, como puede observarse en la tabla 2, estas emociones corresponden a

momentos de reflexión sobre el aprendizaje en positivo a raíz del desastre. Recapacitan acerca de cómo la experiencia vivida las ha cambiado, refiriendo que sienten que deben aprovechar el día a día, centrándose en el momento presente, y se sienten agradecidas por haber salido ilesas junto a sus familias de la catástrofe. Como apuntan García y Reyes (2013), el optimismo puede influir en la experiencia en víctimas de desastre, permitiendo que, aun siendo conscientes del terremoto como un suceso traumático que alteró sus vidas, puedan también considerar una serie de cambios positivos a partir de su experiencia.

En el caso de los hombres, en los que surge más frecuentemente esta categoría, aparece ligada a una sensación de alivio emocional con respecto a la recuperación de bienes materiales y del hogar y a la reconstrucción física del lugar. También aparece el alivio emocional en cuanto a los seres queridos, aunque este está más presente en las mujeres. Estas diferencias podrían sugerir que, si bien las mujeres han percibido en menor medida esta sensación de satisfacción y agrado a raíz del desastre, está más centrada en el sentido comunitario y familiar, correspondiendo a una mirada más positiva de sus vidas y seres queridos; los hombres se sienten más satisfechos y orgullosos con las labores realizadas en el ámbito de reconstrucción, tarea asociada al ámbito masculino.

Ejemplos de fragmentos asociados a la categoría 4 de “*Satisfacción, agrado y orgullo*” son los siguientes:

Grupo de discusión de mujeres

“Es verdad que cuando he vuelto he visto un cambio, o sea, la avenida está súper preciosa.”

“Luego, pues eso, con el tiempo pues entonces te das cuenta que... eso, que la vida es muy... hermosa, que los seres queridos que tú tienes, gracias a Dios, no les ha pasado nada.”

“Entonces, hay que aprovecharlo al máximo, sonreír en la mañana levantarte y decir venga va, un día más, positividad, aprovechando los pequeños momentos.”

Grupo de discusión de hombres

“Yo la noto cambiada y Lorca ha mejorado bastante y, como dijiste al principio, los edificios seguramente serán más seguros.”

“Nosotros celebramos el día 11 de mayo [día del terremoto], celebramos el cumpleaños de tres personas, todos los años, desde el terremoto hasta ahora.”

“Y dejar que el tiempo pase, por una parte, y nosotros hemos tenido suerte, hemos recibido el dinero del consorcio, lo hemos ido invirtiendo. Y, entonces, poco a poco se ha ido diluyendo emocionalmente.”

Abordando estas experiencias emocionales durante el terremoto, y los momentos que siguieron, se ha encontrado que, durante el terremoto, la tensión, inquietud, nerviosismo e intranquilidad además de inseguridad, miedo, temor, pánico y espanto, son las emociones más vivenciadas. Tanto mujeres como hombres describen sensaciones similares en este momento inicial en el que se desata el terremoto. En los momentos inmediatamente posteriores al mismo surgen emociones de activación en los grupos de hombres y mujeres, dirigidas a reaccionar. En el caso de las mujeres, esta activación se orienta a tranquilizar a su entorno (e.g. familia), procurando un espacio emocional y asegurando a sus familiares y personas cercanas, siendo la calma, tranquilidad, y relajación, las emociones que prevalecen en esos momentos. Por otra parte, los hombres refieren una mayor activación conductual dirigida a reagrupar a sus seres queridos, estando dispuestos a la acción; centran sus esfuerzos en una búsqueda activa, prima la decisión y disposición, mientras las mujeres realizan labores más emocionales (e.g., apoyo, consuelo, tranquilizar a seres queridos y evitarles dolor emocional y preocupación). Resulta manifiesto, por tanto, que las mujeres asumen mayores roles emocionales de cuidadoras tras el desastre, tanto a corto como largo plazo. Tal y como apuntan Akerkar y Fordham (2017), las mujeres resultan beneficiadas en el aspecto comunitario, a través del contacto y los cuidados con el vecindario y la sensación de sentirse cómodas y seguras dentro de la comunidad, mientras que los hombres se benefician a nivel psicológico del grado de control que perciben tener sobre su capacidad para afrontar la catástrofe a través de estas labores.

En los siguientes fragmentos pueden verse reacciones inmediatamente posteriores al desastre:

Grupo de discusión de mujeres

“Recuerdo eso, eso y el sentimiento emocional, pero supe llevarlo bien... supe tener tranquilidad, tener paciencia.”

“Yo claro yo no les decía nada a..., yo les decía, que todo está bien, me está diciendo (nombre de la hija) que está saliendo en la tele que todo está bien.”

Grupo de discusión de hombres

“Cuando ya estaban conmigo y estábamos todos allí dijimos: “Vámonos a casa, a coger el coche, y vámonos para Mazarrón”.”

“Fui los recogí y me los llevé a mi casa. Estaban vivos. Y ya se quedaron ahí conmigo en mi casa 2 o 3 meses.”

“Bueno, pues ya empecé a buscarlos, hasta que los encontré en la carretera.”

Los sentimientos de la categoría 2- *Duda* también aparecen en similar proporción en mujeres y hombres; no obstante, aparecen asociadas a momentos distintos. En el caso de las mujeres, estas emociones aparecen asociadas al momento inicial de desastre, en el cual hay pocas certezas, salvo la catástrofe; no pueden predecir lo que va a suceder, tanto en cuanto a sus bienes materiales como a su situación, dónde van a dormir, o si las personas queridas se encuentran bien, dónde están, etcétera. Es decir, surgen sentimientos de indefensión e incertidumbre asociados al momento de la propia catástrofe. En el caso de los hombres, están más asociadas a la reconstrucción y la gestión de la catástrofe por parte de las administraciones, sobretodo en el ámbito económico. Los grupos de hombres reflejan mayor preocupación acerca de la situación administrativa, mientras que las mujeres refieren incertidumbre y sensación de inseguridad física y temor por sus vidas, asociado a sentimientos de tensión y shock, incluso refiriendo no ser capaces de moverse ni hacer nada. Akerkar y Fordham (2017) también corroboraron, tal y como apunta la literatura sobre el tema, que las mujeres soportan mayor estrés psicológico que los hombres en desastres. Las experiencias de las mujeres en el terremoto de Lorca resultan muy similares a las de su estudio, de forma que el trauma y shock percibido estaba relacionado con la sensación de inseguridad física, dejando de considerar su hogar un lugar seguro y con pensamientos constantes sobre una posible repetición del suceso traumático. Una mujer de Lorca relataba: *“me quedaba en la cocina que está al lado de la entrada, allí sentada porque es que no me atrevía ni a {quedarme} ni a dormir una*

siesta, no me atrevía absolutamente a nada y siempre y la ropa, lo que fuese siempre a mano, así estuvo más de un año o más con la maleta preparada". En varios relatos de mujeres se repite esta emoción de inseguridad respecto a un futuro terremoto, aunque ya haya ocurrido. Otros ejemplos de emociones similares a la indefensión pueden observarse en el siguiente *verbatim*, donde aparecen fragmentos de discurso asociados a emociones de la categoría 2 "Duda, indecisión e incertidumbre":

Grupo de discusión de mujeres

"Exacto, no tienes capacidad de ver más o menos qué es lo más normal o lo mejor que deberías de hacer, porque a lo mejor, a lo mejor no lo sabes nunca."

"Total, yo me fui de mi casa, sin saber si tenía casa, si no tenía casa, yo no sabía dónde estaba mi hijo, a mí me dijeron que había muerto y yo no sabía dónde estaba mi hijo, por mucho que lo llamaba y ellos igual."

Grupo de discusión de hombres

"Llegó, echó las fotos y se fue. Y se acabó, ahí se acabó todo. Yo ya no me enteré de más nada, hasta que recibí el dinero, cuando lo recibí lo invertí. Y después todo lo que me ha venido, todos los palos del mismo sitio..."

"No solucionaron las dudas. En teoría, el dinero del seguro es tuyo, como si quieres ir de vacaciones con él, porque es de un seguro, es privativo tuyo."

En el caso de las emociones de la categoría de *Ira/enojo, enfado e irritación*, está más presente en el discurso de los hombres, muy ligada también a la gestión de la catástrofe por parte de las administraciones. El descontento con su actuación aparece en ambos grupos, si bien en un principio alguna mujer refiere estar satisfecha con la gestión. En otros casos, las emociones de irritación se unen a la frustración y decepción por esta gestión, que resulta insuficiente y compleja. Se observa que estos sentimientos de enfado también tienen que ver con la propia incertidumbre que provoca la situación administrativa ("*los problemas de papeleo*") que cambia de un momento a otro, o donde no se da la información o ayuda suficiente (e.g. condiciones sanitarias en el campamento).

Así, la gestión parece no ayudar sino agravar estos sentimientos de frustración y de incertidumbre, lo cual afecta emocionalmente a los grupos. Se observa un descontento generalizado hacia la gestión de la catástrofe llevada a cabo por la administración pública y privada, siendo el discurso de los hombres el que denota un mayor grado de descontento y expresado de forma más directa y contundente. Al respecto comentan:

Grupo de discusión de mujeres

“Desde mi punto de vista la administración tenía como que haber tirado del carro porque yo sé que es súper difícil... pero lo digo.”

“Pues a raíz de ese momento, uno va cambiando el seguro.”

“Digamos que en la administración y yo decía esto es como si cada uno pudiéramos tardar tanto tiempo, nos habríamos muerto, yo me pensaba, yo fui a los dos o tres años a hacer no sé qué.”

Grupo de discusión de hombres

“La administración nos ha ayudado a no poder olvidar. Pero ha sido la administración la que nos ha hecho eso. Si tú ya estás en un proceso que ya llevas mucho tiempo y ya quieres olvidar lo del terremoto y ya quieres dejar esa parte... A los siete u ocho años te lo recuerdan y no te deja olvidar.”

“Desde el principio ellos lo hicieron mal, porque lo normal cuando el perito va a tu casa es que te mande una peritación con detalle, esto vale tanto, por el televisor te damos tanto, por el frigorífico te damos tanto, esto es lo tienes que reparar. Pero a nosotros no nos dieron peritación ninguna.”

“Pero mira si no dijeron nada que en la primera carta te dicen que te conceden la ayuda. En la primera carta te dicen que eso es una ayuda: “Le damos la ayuda de tanto dinero”. Y cuando se dan cuenta de que han cometido el error, ya en las próximas cartas que te mandan, ya te dicen que es una subvención. En la primera meten la pata ellos, porque dicen que es una ayuda. Y ya cuando te mandan las sucesivas cartas exigiéndote que devuelvas el dinero ya es una subvención. La ayuda se convierte en subvención.”

“Desinformación total. Desinformación total.”

Además, en las mujeres aparece la irritación como fruto de la propia experiencia de vivencia del desastre. Mujeres que no se consideraban especialmente irritables refieren sentimiento de molestia reiterado ante estímulos y situaciones que antes no provocaban dicha reacción (e.g. bromas, comentarios). Esta irritación constante también puede estar relacionada con el estado de alerta e hiperactivación de los códigos de tensión, nerviosismo, inquietud e intranquilidad. Este estado de activación fisiológica también las hace estar más reactivas frente a situaciones que antes no las molestaban, causándoles sufrimiento y sensación de que no son entendidas por su entorno. Además, ellas mismas afirman que sienten haber cambiado como personas a raíz del terremoto, refiriendo esta irritación. Estas reacciones emocionales junto con la activación constante pueden ser una señal de un problema psicológico posterior más complejo. Distintos estudios han mostrado que lo que se describe como estrés postraumático es muy frecuente en situaciones de desastre. Además, la frecuencia de la categoría de *Tristeza* (28% y 15% en hombres y mujeres respectivamente) nos señala otro lugar por el que transitan muchas

personas en la situación posdesastre que, si no encuentran otra forma de afrontarlo, puede dar lugar al desánimo y la depresión (Galea et al, 2005).

Varios ejemplos del discurso asociados a la categoría “Ira/enojo, irritación” son los siguientes:

Grupo de discusión de mujeres

“Si eso, y... cuatro años tenían los puntales puestos arriba, y yo decía, pero cómo es posible esto.”

“Hoy estás insoportable, y antes del terremoto no, pero sí, después del terremoto te vuelve, es lo que yo he dicho antes, eres de la misma persona desde tu interior yo no me encuentro igual.”

“Como tu tranquilidad interior no es la misma eh a lo mejor, yo que sé en alguna circunstancia antes del terremoto te decía cualquier cosa y pasaba, después del terremoto pues cualquier cosa riñes.”

Grupo de discusión de hombres

“No hubo buena información, hemos tenido visitas de peritos no profesionales y chapuceros. Ha sido cuestión de suerte.”

“Los problemas del papeleo al principio, los problemas del papeleo de los seguros, las preguntas, las primeras cosas que hicimos en el ayuntamiento, luego después de horas y de colas al sol, llegabas y [imita al empleado/a público/a]:

“No, pero si no hace falta que estés aquí, si tienes seguro”. Pero, por Dios, ¿no me habíais dicho que viniese?”

Todas estas emociones y experiencias han afectado a la vida posterior al terremoto, tanto en salud física (e.g. hombre que narra haber desarrollado diabetes; mujeres que refieren pérdida de peso) como mental (hiperactivación, llanto descontrolado, sensación constante de inseguridad). Además, las mujeres refieren una afectación a su vida en el hogar, a nivel de relación de pareja. Sin embargo, este relato no aparece en los grupos de hombres. Varias mujeres relatan haberse separado a raíz del terremoto o haber tenido problemas en la pareja, señalando que éstas resultaron muy afectadas por el terremoto y cómo sus actitudes y conductas que influyeron en el declive

de la relación. Mientras que en ocasiones ellas salieron reforzadas del terremoto, la actitud negativa de sus parejas les recordaba constantemente al mismo y les causaba malestar emocional, relacionado con sus recuerdos de la catástrofe. Esta situación es también descrita por Akerkar y Fordham (2017) en su estudio cualitativo sobre relaciones interpersonales tras el desastre; en el caso de las inundaciones en Tewkesbury, un 29,1% de las mujeres referían haber sufrido en gran medida un cambio en sus relaciones personales frente al 11,9% de hombres, relacionado con el estrés y la presión. En el caso de Lorca, sólo en el grupo de mujeres surge este relato. Akerkar y Fordham (2017) afirman que el estrés también pudo llevar a estados depresivos que afectaron a las relaciones de forma negativa. A pesar de que en el presente estudio sobre Lorca las mujeres refieren mayor estrés emocional, en hombres están más presente los sentimientos de tristeza, que consiguientemente pueden haber influido en las relaciones de pareja. Una mujer refería que la negatividad de su pareja *“me produjo también mucha ansiedad, mucha pelea, mucho trauma”*, lo que fue desgastando la relación, como puede verse en los siguientes fragmentos. Este desgaste puede estar también relacionado con que la mujer sea la principal cuidadora dentro de la familia y quien provee del cuidado emocional. Así, durante el desastre y post desastre, no sólo tienen que velar por sí mismas y afrontar su propia afectación tras la catástrofe, sino también procurar el cuidado de su pareja y familia, implicando un agotamiento emocional mayor.

“Yo a raíz de esto del terremoto, como sí me afectó la pareja, me afectó el divorcio eh...”

“Esa negatividad también de mi pareja me produjo también mucha ansiedad, mucha pelea, mucho trauma, ahí yo creo que ahí también fue poco a poco a acabando la pareja y a raíz de ahí me ha venido todo lo demás y eso sí es...”

“Sí que verdad que después del terremoto ahí se desencadenaron un montón de cosas en mi vida, y bueno que se desencadenaron... muchísimas cosas más, eso pasó factura a mi pareja.”

Entre las limitaciones más claras de este estudio están la ausencia de comparaciones con grupos de personas evacuadas, así como la unión con otras categorizaciones de estrategias de afrontamiento que van ineludiblemente ligadas al

aspecto emocional de la vida. La necesidad de replicar el estudio con otros grupos de discusión también está presente. Se espera que el futuro resuelva algunas de estas limitaciones y vaya descubriendo y resolviendo muchas otras.

5. CONCLUSIONES

La literatura especializada en género y desastre muestra cómo las mujeres y hombres viven de forma diferente las situaciones de catástrofe, tanto en cuanto a estrategias de afrontamiento como en cuanto a las emociones que surgen durante y después del desastre.

Así, mientras que los hombres tienden a ayudar en las labores físicas y las tareas de rescate y evacuación, las mujeres quedan relegadas a un papel de cuidado emocional y psicológico, enfocándose en el trabajo en comunidad. Aun cuando realizan labores fuera de lo que se espera de ellas, su trabajo queda invisibilizado o se concibe como una “ayuda” a la acción principal llevada a cabo por grupos de hombres. En el caso del terremoto de Lorca, se ha visto que tanto mujeres como hombres ponen en marcha estrategias de afrontamiento y aparecen emociones similares en los grupos; sin embargo, no con la misma frecuencia ni en las mismas situaciones. El presente estudio sobre el impacto emocional en hombres y mujeres del terremoto de Lorca aporta datos significativos sobre estas situaciones que pueden servir de base para la investigación futura en género y desastres en España ayudando a comprender cómo mujeres y hombres responden en situaciones límite donde surgen emociones y respuestas complicadas que determinan dinámicas posteriores distintas. El componente de género también se ve reflejado en las emociones en situaciones de catástrofe.

Las mujeres refieren en mayor medida emociones de miedo e inseguridad física y sufren mayor afectación en cuanto al estrés emocional; aunque aparecen menos emociones de enfado e irritación, esta llega a perturbar sus vidas y pueden aparecer cuadros más complejos en los que aparece el estrés post traumático. Las administraciones públicas y privadas en muchos casos agravan estas emociones negativas, que están muy presentes también en hombres, en los que hay una alta presencia de emociones depresivas. La afectación a nivel de pareja, por otra parte, es relatada solo por las mujeres, lo que establece, sin duda, una diferencia significativa de género.

En definitiva, la perspectiva de género, tal y como recogen los resultados de este trabajo y de aquellos otros referenciados en la literatura sobre el tema, resulta fundamental para entender y comprender cómo mujeres y hombres experimentan y vivencian estas

situaciones tan imprevisibles y traumáticas, así como para el diseño y puesta en marcha de planes específicos de prevención y de actuación poscatástrofe.

Uno de los objetivos prioritarios ha de ser el desarrollo de líneas de investigación centradas en el estudio de las necesidades específicas de hombres y mujeres derivadas de estas situaciones, que faciliten el diseño de recursos y apoyos desde una perspectiva de género.

6. REFERENCIAS

- Akerkar, S. (2007). Disaster mitigation and furthering women's rights: learning from the tsunami. *Gender, Technology and Development*, 11(3), 357–388. [https://doi: 10.1177/097185240701100304](https://doi.org/10.1177/097185240701100304)
- Akerkar, S., y Fordham, M. (2017). Gender, place and mental health recovery in disasters: Addressing issues of equality and difference. *International Journal of Disaster Risk Reduction*, 23, 218-230. <https://doi.org/10.1016/j.ijdr.2017.03.014>
- Alonso Moro, M. T., González Arias, R. y Dema Moreno, S. (2020). Los desastres naturales desde la perspectiva de género: las mujeres ante el terremoto de Lorca. En Red Europea de Lucha Contra la Pobreza y la Exclusión Social en Asturias – EAPN (Eds.), *Mujeres e inclusión social: Investigación y estrategias de innovación y transformación social* (pp. 29-33). EAPN, Dirección General de Planificación, Ordenación y Adaptación al Cambio Social, Consejería de Derechos Sociales y Bienestar del Principado de Asturias.
- Barnes, Vernon A., Treiber, Frank A., y Ludwig, A. D. (2005). African-American adolescents' stress responses after the 9/11/01 terrorist attacks. *Journal of Adolescent Health*, 36(3), 201-207. <https://doi.org/10.1016/j.jadohealth.2004.02.035>
- Bradshaw, S., y Fordham, M. (2013). *Women, girls and disasters: A review for DFID*. United Kingdom.
- Danielsson, E., y Eriksson, K. (2020). Women's invisible work in disaster contexts: Gender norms in speech on women's work after a forest fire in Sweden. *Disasters*. <https://doi.org/10.1111/disa.12464>
- Decety, J. y Keenan, J.P. (2006). What is Social Neuroscience? *Social Neuroscience*, 1(1), 1-4.
- Del Mar Llorente, M., Díaz, M., y Méndez, P. (2020). El impacto de los desastres naturales sobre la vulnerabilidad social. Un análisis de género basado en Haití 2010. *Sustainability*, 12. <https://www.mdpi.com/2071-1050/12/9/3574/pdf>
- Díaz, J. L. y Flores, E. O. (2001). La estructura de la emoción humana: Un modelo cromático del sistema afectivo. *Salud Mental*, 24(4), 20-35. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58242403>
- Di-Collaredo, C., Cruz, A., Paola, D. y Moreno, J. (2007). Descripción de los estilos de afrontamiento en hombres y mujeres ante la situación de desplazamiento.

Psychologia. Avances de la Disciplina 1(2), 125-156.
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=297224996002>

- Enarson, E. (2012). *Women confronting natural disaster: from vulnerability to resilience*. Lynne Rienner.
- Feldman, L. A. (1995). Valence focus and arousal focus: individual differences in the structure of affective experience. *Journal of Personality and Social Psychology* 69, 153–166.
- Feldman, L., y Bliss-Moreau, E. (2009). Affect as a psychological primitive. *Advances in experimental social psychology*, 41, 167-218.
- Fernández, A. G., y Dema, S. (2018). La integración de la perspectiva de género en la gestión del riesgo de desastres: de los ODM a los ODS. *Revista Internacional De Cooperación Y Desarrollo* 5(1), 31-43. <https://doi.org/10.21500/23825014.3594>
- Fernández, E., García, B., Jiménez, M. D., y Domínguez, F. J. (2011). *Psicología de la emoción*. Ramón Areces.
- First, J. M., First, L. N, y Houston, J. B. (2017). Intimate partner violence and disasters: a framework for empowering women experiencing violence in disaster settings. *Affilia - Journal of Women and Social Work*, 32(3), 390-403. <https://doi.org/10.1177/0886109917706338>
- Fothergill, A. (1999). An exploratory study of woman battering in the Grand Forks flood disaster: implications for community responses and policies. *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, 1(1), 79 -98.
- Galea, S., Nandi, A., y Vlahov, D. (2005). The epidemiology of post-traumatic stress disorder after disasters. *Epidemiologic Reviews* 27(1), 78-91.
- Huebner E., y Dew T. (1995). Preliminary validation of the positive and negative affect schedule with adolescents. *Journal of Psychoeducational Assessment*, 13(3), 286-293.
- James, W. (1884). What is an emotion? *Mind*, 9(34), 188-205.
- James, W. (1894). Discussion: The physical basis of emotion. *Psychological review*, 1(5), 516-529.
- Karlsson, E. y Archer, T. (2007). Relationship between personality characteristics and affect: gender and affective personality. *Individual Differences Research*, 5(1), 44-58.

- Kercher, K. (1992). Assessing subjective well-being in old-old. The PANAS as a measure of orthogonal dimensions of positive and negative affect. *Research Aging*, 14, 131-168.
- Kleinginna, P. R. y Kleinginna, A. M. (1981). A categorized list of emotion definitions, with suggestions for a consensual definition. *Motivation and Emotion*, 5(4), 345-379.
- Lazarus, R. y Folkman, S. (1986). *Estrés y procesos cognitivos*. Martínez Roca.
- López-García, J. J., y López-Soler, C. (2014). Trastorno de estrés postraumático en escolares tras el terremoto de Lorca (España) en 2011. *Gaceta sanitaria*, 28(3), 230-233.
- Loredo, B. R. y Pérez, M. C. (2018). Salud sexual y reproductiva de la mujer en situaciones de catástrofe. *RqR Enfermería Comunitaria*, 6(2), 50-65.
- MacDonald, R. (2005). How women were affected by the tsunami: a perspective from Oxfam. *PLoS Medicine* 2(6): e178. <https://doi.org/10.1371/journal.pmed.0020178>
- Magaña, I., Silva-Nadales, S., y Rovira, R. (2010). Catástrofe, subjetividad femenina y reconstrucción: aportes y desafíos desde un enfoque de género para la intervención psicosocial en comunidades afectadas por el terremoto. *Terapia Psicológica*, 28(2), 169-177. <https://doi.org/10.4067/s0718-48082010000200005>
- Martínez-Marín, M., y Martínez, C. (2016). Relación entre la inteligencia emocional y el género. En F. Soler, L. Aparicio, L.O. Diaz, E. Escolano, y A. Rodríguez (Eds.), *Inteligencia emocional y bienestar* (622-636). Universidad San Jorge.
- Moltó, J., Segarra, P., López, R., Esteller, A., Fonfría, A., Pastor, M. C., y Poy, R. (2013). Adaptación española del "International Affective Picture System (IAPS). Tercera parte." *Anales de Psicología* 29(3), 965-984. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=16728244036>
- Moriondo, M., Palma, P., Medrano, L. A. y Murillo, P. (2012). Adaptación de la Escala de Afectividad Positiva y Negativa (PANAS) a la población de adultos de la ciudad de Córdoba: análisis psicométricos preliminares. *Universitas Psychologica*, 11(1), 187-196.
- Neria, Y., Nandi, A., y Galea, S. (2008). Post-traumatic stress disorder following disasters: a systematic review. *Psychological Medicine*, 38(4), 467-80. <https://doi.org/10.1017/S0033291707001353>

- O'Connell, E., Abbott, R. P., y White, R. S. (2017). Emotions and beliefs after a disaster: a comparative analysis of Haiti and Indonesia. *Disasters*, 41(4), 803-827.
- Oliveira, M., Bitencourt, C.C., Matte Zenardo, A.C., y Kunzel Teixeira, E. (2016). Análise de conteúdo temática: Há uma diferença na utilização e nas vantagens oferecidas pelos softwares MAXQDA® e NVivo®? *Revista de Administração da Universidade Federal de Santa Maria*, 9(1), 72-82.
- Organización de las Naciones Unidas Mujeres. (2018). *Hacer las promesas realidad: la igualdad de género en la agenda 2030 para el desarrollo sostenible*. Estados Unidos: ONU Mujeres. <http://www.unwomen.org/sdg-report>
- Papez, J.W. (1937). A proposed mechanism of emotion. *Archives of Neurology and Psychiatry*, 38, 725-743.
- Phillips, B., y Russo, B. (2012). Gender and disasters: needed basic and applied research. *Emergency Management Review*, 1(1), 8-22.
- Plutchik, R. (1980). A general psychoevolutionary theory of emotion. En R. Plutchik y H. Kellerman (Eds.), *Emotion: Theory, research, and experience: Vol. 1. Theories of emotion* (pp. 3-33). Academic Press.
- Raphael, B., Taylor, M., y McAndrew, V. (2008). Women, catastrophe and mental health. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry* 42(1), 13-23. <https://doi.org/10.1080/00048670701732707>
- Rivers, J. P. W. (1982). Women and children last: an essay on sex discrimination in disasters. *Disasters*, 6(4), 256-267.
- Russell, J. A. y Feldman Barrett, L. (1999). Core affect, prototypical emotional episodes, and other things called emotion: dissecting the elephant. *Journal of Personality and Social Psychology*, 76(5), 805-815.
- Sánchez, A. M. (2019). *Mujeres ante los desastres naturales. Un análisis desde la perspectiva de género*. [Tesis fin de máster]. Universidad de Oviedo.
- Sandín, B., Chorot, P., Lostao, L., Joiner, T. E., Santed, M. A., y Valiente, R. M. (1999). Escalas PANAS de afecto positivo y negativo: validación factorial y convergencia transcultural. *Psicothema*, 11(1), 37-51. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=72711104>
- Suberviola, I. (2019). Diferencias en competencias emocionales desde la variable género. *Variables Psicológicas y Educativas para la Intervención en el Ámbito Escolar* 3, 281-286.

- Tagliacozzo, S., y Di Tullio, I. (2021). Gender equality plans (GEPs) as a framework to devise gender equality measures for disaster research. *International Journal of Disaster Risk Reduction*, 60. <https://doi.org/10.1016/j.ijdrr.2021.102294>
- Tolin, D. F., y Foa, E. B. (2006). Sex differences in trauma and posttraumatic stress disorder: a quantitative review of 25 years of research. *Psychological Bulletin*, 132(6), 959-992.
- Toscani, L. (1998). Women's roles in natural disaster preparations and aid: A Central American view. En E. Enarsony B. Morrow (Eds), *The gendered terrain of disaster: Through women's eyes* (pp. 207-211). Praeger.
- Vecina, M. L. (2006). Emociones positivas. *Papeles del Psicólogo*, 27(1), 9-17.
- Watson, D., Clark, L.A., y Tellegen, A. (1984). Cross-cultural convergence in the structure of mood: A Japanese replication and a comparison with U.S. findings. *Journal of Personality and Social Psychology*, 47, 127-144.
- Watson, D., Clark, L.A., y Tellegen, A. (1988). Development and validation of brief measures of positive and negative affect: The PANAS scales. *Journal of Personality and Social Psychology*, 54, 1063-1070.
- World Health Organization (WHO), Department of Gender and Women's Health. (2002). *Gender and health in disasters*. https://www.who.int/gender/other_health/genderdisasters.pdf